

DISCURSO

LEIDO EN EL

ATENEIO DE BADAJOZ

EN HONOR DEL ILUSTRE POETA

D. Gaspar Núñez de Arce

POR

J. DÍAZ MACÍAS

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.



COMISION DE MONUMENTOS
HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS
PROVINCIA DE CÁDIZ

BADAJOZ

Imprenta y Librería de Antonio Arqueros

CALLE LARGA, NÚM. 48

1903

569

fit: 52654

Cods: 1056867

2/17569

DISCURSO

LEIDO EN EL

ATENEEO DE BADAJOZ

EN HONOR DEL ILUSTRE POETA

D. Gaspar Núñez de Arce

POR

J. DÍAZ MACÍAS

de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.



COMISION DE HISTORIA Y MONUMENTOS
DE LA PROVINCIA DE CACERES
1903

BADAJOZ

Imprenta y Librería de Antonio Arqueros

CALLE LARGA, NÚM. 48

1903



Señores:



Como si no fuesen bastantes desventuras recientes para amargar la vida de la Nación española, postrada por lo espantoso de la catástrofe, un día y otro día, se alejan para siempre de nosotros varones esclarecidos que en las ciencias, en las artes y en las letras, gozaron de universal renombre!

¡No parece si no que la Providencia quiere poner á prueba nuestra resig-

nación, despojándonos de aquellas glorias tan legítimas y maltratando nuestras almas con sufrimientos tan hondos!

¡Era ayer cuando el acero criminal de un asesino cobarde, se hundía en el pecho de un gran estadista: de aquel hombre cuyo talento asombraba y cuya erudición corría pareja con su elocuencia arrogante; y Europa entera conmovida ante aquel hecho salvaje y ante aquella tumba abierta por los delirios del brutal anarquismo, protestaba indignada y con valentía, al par que consagraba á tan ilustre muerto, con el recuerdo más cariñoso, el tributo postrero de su admiración más viva!

Murmuró al pié de aquellos yertos despojos una oración sublime, engendrada por el cariño de la infancia y por el duelo nacional, otro hombre que también nos pertenecía, otro hombre de excepcionales grandezas que ostentaba en su ancha frente la aureola in mortal que Dios concede á esos génios que cruzan el mundo, como reflejos de la luz divina, para marcar á

la humanidad entera el camino del bien, del ideal y de lo eterno.

Y más tarde, cuando aún las heridas de la Patria sin ventura manaban sangre y sus ojos humedecidos dejaban correr el llanto, desaparecía también de la vida esta figura de extraordinario relieve, y con ella, el orador más grande que conocieron los siglos, cuya palabra, sin rival en el mundo, parecía que brotaba de los labios de los ángeles, ó del mismo Dios, que atesoraba en aquella elocuencia maravillosa, todas las armonías de la selva, todas las ternuras de la vida, todo el fuego de la inspiración, los amores del poeta, los cantos á la libertad, las elegías á la Patria, las luchas más ardientes de los hombres, y las majestuosas grandezas de los cielos!

Y nuevamente España sintióse con crueldad herida en lo más profundo de su corazón, y nuevamente con ella lloraron al tribuno famoso pueblos enteros, porque á todos ellos llegaron los brillantísimos fulgores de aquella inteligencia soberana y las amarguras

de la madre sin consuelo. Y reyes y magnates y artistas y obreros modestísimos, todos, en aquel homenaje universal tomaron parte, que cuando un hombre como aquel abandona este mundo y se aleja para siempre el eco de su palabra y se apaga la luz esplendorosa de su cerebro privilegiado, la humanidad entera se conmueve y riega con su llanto la tumba del génio muerto para la vida de la materia impura, vivo siempre para la vida del Arte, para la vida de la ciencia, para la historia de las grandezas, para la ansiada inmortalidad!

Y antes de aquellas dos insignes personalidades, habíanos faltado el gran cantor de nuestras tradiciones, el último trovador, el poeta legendario, que resucitó en sus incomparables poemas, en sus castizos romances, toda una leyenda, la más floreciente de nuestras reconquistas gloriosas; y más tarde alejóse también el genial humorista, el autor inmortal de la *Dolora*, esos cantos del alma, tristes y melancólicos como el último rayo de luz que se apaga en el hori-

zonte cuando la tarde fatigada se reclina dulcemente en los brazos amorosos de la noche!

Y como si el funesto designio, no se hubiera cumplido más que en parte, ¡ah, señores! en la ocasión presente, también la Patria se muestra acongojada por la pérdida de un gran poeta!

También como en aquellos días de tristeza y de duelo, ha sentido hoy desgarrada el alma y ha visto descender á la fosa, entre el sollozo de las multitudes, el cuerpo inanimado de aquel anciano ilustre, D. Gaspar Nuñez de Arce; también como entonces desapareció con el artista muerto, una de nuestras más gloriosas personalidades en las letras; también ahora resuenan en nuestros pechos gritos de dolor, producidos por la muerte del autor inmortal de *Los gritos del combate*.

Y para rendir un homenaje á su memoria nos congregamos aquí; en este templo que habeis levantado á la cultura y al progreso de nuestro país; en este recinto severo por el cual desfilaron en animados debates, en polémicas

micas luminosas, en discusiones brillantes, cuanto de notable vive entre nosotros; en esta sala donde aún resuenan acentos de verdadera elocuencia que apagarán mi débil voz, más torpe hoy que nunca por la misma grandiosidad del acto que realizais, por el motivo triste que lo inspira, por el auditorio que concurre, no para oirme que nada nuevo podrá ofrecerle mi pobre inspiración, sino para dar con su asistencia, público testimonio de su pesar y de su duelo.

Mi presencia en esta tribuna os parecerá injustificada: ¡yo mismo no acierto á darme cuenta de mi osadía! Acepté el encargo por cariñosos requerimientos de la amistad, por afecto personal y admiración hácia el ilustre poeta á quien tuve la honra de conocer, y ahora, como entonces, siento que me faltan las fuerzas para cumplir vuestro generoso mandato: yo no soy orador, yo no poseo ¡y lo siento con toda mi alma!, el arte de seducir y deleitar con la palabra, arrancando á la oratoria sus secretos mágicos para presentaros con brillantísimas imáge-

nes, con exuberantes galas, con riqueza de frases, con estilo elegante, los tesoros de la Naturaleza, las luchas del corazón, los afectos más íntimos de la vida; yo no sé llegar hasta vuestras almas para haceros sentir sensaciones dulcísimas y extrañas; yo no acierto á penetrar en lo más hondo de vuestros pechos con el lenguaje del artista, con acentos vigorosos para remover vuestra voluntad y producir en vosotros explosiones de entusiasmos por la Patria que sufre y que anhela su engrandecimiento y su cultura; yo no acierto, repito, en la ocasión presente, por más que solicito á mi corazón, á encontrar una frase, una de aquellas esculturales con las cuales nuestro poeta muerto, arrojaba sobre su pueblo enfermo, en estrofas sublimes, llamaradas de luz que lo reanimaban y torrentes de amor y de dulcísima poesía; yo no sé más que sentir y sentir en mi soledad los errores, los infortunios de la Patria, por temor á que mis ojos se llenen de lágrimas y me vean llorar los que, en estos tiempos de refinado y grosero

positivismo, de luchas egoistas, y de finjidos y pobres ideales, entienden la vida de otro muy distinto modo y no conceden á las gallardas manifestaciones del sentimiento y del espíritu, todos los elevados fines que realizan en el desenvolvimiento de la humanidad: por ésto, señores, en medio del dolor que embarga mi alma en estos instantes, percibo que un benéfico consuelo inunda mi corazón ante el espectáculo que ofrece á mis ojos esta culta sociedad, la primera acaso que en España coloca un pensamiento en la inmarcesible corona del poeta.

Sí, señores del Ateneo, aquí se ha levantado la primera voz de las sociedades de esta índole para asociarse al duelo del país; de vosotros ha partido la iniciativa, de vosotros es toda la gloria, que yo no soy más que el designado por vosotros para honrarse transmitiendo al público vuestro dolor, al que me asocio con toda mi alma.

¿Y cómo nó, señores, tratándose de pérdida tan irremplazable para las letras españolas, del poeta que despa-

tó mis entusiasmos, al que admiré desde mi juventud en sus admirables producciones, en sus obras inmortales, inspiradas en el alma de su siglo, de este siglo en el que el pensamiento se desborda y se extiende y se levanta, en la prensa, en el libro, en la tribuna, solicitado por tan opuestas ideas, requerido por tan pavorosos problemas, donde al choque de tantos intereses y de principios opuestos, y de aspiraciones distintas, se propagan, con rapidez pasmosa, por todos los ámbitos de la tierra las más inconcebibles locuras? ¿Cómo no he de asociarme á vosotros si pretendéis honrar al notabilísimo artista, cuya potencia intelectual y creadora pudiera competir con la de los más grandes poetas de nuestros tiempos y acaso más grande la suya que la de muchos de aquellos, que no es más fácil descender desde la altura á los dolorosos abismos de la reflexión y de la duda, á las exigencias de la vida social, á los mandatos de la conciencia y del espíritu público, que caminar como otros líricos de renombre famoso, por el es-

pacio dilatado, entre mundos de brillantísima luz y de maravillosas armonías? ¿Cómo no he de asociar mi duelo á vuestro duelo y sentir con vosotros la desaparición de aquel ingenio de tan fecunda vena, que maravilla y seduce y arrebató, como ninguno otro de nuestros poetas, por su fantasía exhuberante y rica como en sus juveniles años, sus versos esculturales, sus frases vigorosas, sus pensamientos profundos, sus apóstrofes sangrientos, severo y grave, tranquilo é impetuoso, unas veces tocando con su inspiración en las nubes, llegando otras á las entrañas de la sociedad para sorprender sus pasiones, y siempre influído por su tiempo que le arrastraba cual corriente avasalladora; pero siempre inspirado, maravilloso en la forma é incomparable en sus tremendas acusaciones al desorden y en su santo cariño á la Patria por la que sentía veneración sublime? ¡Ah, señores!, que el poeta, hijo de su tiempo, como él mismo afirmaba, tenía que sentir y reflejar todas las ideas, todas las pasiones, todos los

dolores, todas las alegrías, todas las amarguras, todas las grandezas y todos los extravíos; remover los afectos más íntimos, llegar al corazón de las multitudes con las arrogancias del genio para arrancarlas del error, para despertarlas á la vida del espíritu y del bien; llegar á ellas para marcarles el camino de la redención, que en estos tiempos de lucha, de rencores, de odios, la sociedad exige de sus poetas más que versos sonoros, más que imágenes deslumbradoras, obras de fecundas enseñanzas, que disipen las sombras, que fortalezcan el espíritu agonizante y devuelvan la luz á las almas y la vida y la paz á este mundo que parece que muestra singular empeño en precipitarse en el abismo, porque irresistible fuerza le avasalla y le arrastra!

Y en este sentido, ¿quién hizo más que nuestro gran poeta?

¡Ahí teneis sus creaciones que son el ornamento más firme de su gloria; pasma cómo en el cultivo de géneros tan distintos ha sabido mostrarse siempre tan inspirado y á la altura de

aquellos ingenios que resplandecieron en la última centuria en toda Europa y cuyos nombres conocéis; pasan las portentosas facultades que se descubren en el poeta leyendo sus obras; en su poema «La última lamentación de Lord Byron» cuyas octavas reales son otras tantas perlas finísimas que el gran lírico español labra y ofrece al gran escritor inglés, adopta el tono épico, rotundo, vigoroso, potente, como estruendosa tempestad que pasa; en su *Idilio*, penetra tiernísimo y enamorado en la intimidad del hogar y de la familia, del amor y de la ternura, de la felicidad y del dolor; evoca los recuerdos y alegrías de aquellos sueños de la infancia que llama de *color de rosa*, los encantos de la juventud, en aquella primavera de la vida, cuando corríamos por viñas y sembrados, sin miedo á la fatiga, bajo un sol que doraba los campos y tornábamos al pueblo á los fugaces y últimos reflejos de la tarde, ya en loca cabalgata, jubilosas, sonrientes, felices, ó en el carro de mies de algun vecino; una pasión

hermosa, como el alba que matiza los cielos, dulce como las mieles que liban las abejas, y bella como el primer ensueño de nuestra juventud, desarrollada en el inocente corazón de una niña, allá en el silencio de la olvidada aldea, sirve de asunto al poema que todos sabemos de memoria, que todos llevamos en nuestro corazón, para que no se borren nunca del alma aquellos cuadros de nuestra infancia, iluminados por un sol más puro, cubiertos de flores, oreados por una brisa de amor y de poesía.

En esa obra de ternura encantadora está el alma del poeta vertida en aquellas estrofas, verdadero derroche de inspiración; en su poema «El vértigo», de carácter legendario, hay pinturas, descripciones maravillosamente trazadas y de un admirable colorido; «La selva oscura» es una alegoría magistral, «La visión de fray Martín» la lucha de creencias, el batallar del espíritu, el flujo y reflujo de las modernas ideas; «Maruja», es la manifestación más gallarda de lo bello, de lo delicado, de la ternura;

es un paisaje lleno de vida, de luz, con horizonte, con brisas suaves y perfumadas y con una figura que derrocha poesía en aquella *charla interminable y rota*; «La pesca» tiene el rumor del oleaje del mar que choca contra las peñas y se deshace en espuma rizada; con su grandilocuente entonación y sus deslumbradoras bellezas, bastaría para la gloria del artista, si en «Los gritos del combate» y en el drama «El haz de leña» y en su último esfuerzo sublime en «¡Sursum corda!» canto á la fe y á la esperanza de la Patria, que vacilaba después de su desastre, no hubiera alcanzado la inmortalidad quien ¡por extraña coincidencia! labró su propia tumba al lado de las que ocupan Rosales, Larra y Espronceda, aquellos ingenios que vivirán eternamente en el cariño y en el recuerdo de la Patria.

No es ocasión, señores, de analizar minuciosamente la brillante labor del poeta, ni sería yo quien lo intentara teniendo el Ateneo eruditos y críticos literarios que honraron esta misma

tribuna con luminosas investigaciones; pero sí es ocasión de recordar al artista para sentirlo. Parece que era ayer, como dice elocuentemente el señor Santos Redondo, parece que era ayer cuando en nombre de esta Sociedad y en unión de otros compañeros, asistíamos á la triste ceremonia de exhumar los restos mortales del insigne autor de «El testamento de Isabel la Católica», del ilustre «Fígaro» y del sublime creador de «El estudiante de Salamanca». Allí estaba el señor Núñez de Arce, alma y vida de aquel grandioso homenaje nacional, presidiendo á todos, literatos, escritores y artistas, bajo un sol abrasador que sin duda quiso lucir esplendoroso para que no faltasen llamara-das de los cielos en aquellos ataudes que se abrian por primera vez desde su enterramiento; el gran poeta, con emoción vivísima contempló aquellos yertos despojos de la carnal vestidura de egregios varones; su cuerpo apenas le sostenía; pero su espíritu gigante no se rindió á la fatiga ni un solo momento: «recoged bien esas ce-

nizas, que no se pierda ni un átomo de ellas, que no se profanen!» decía. ¡Quien señores, pudo sospechar entonces que nos abandonaría tan pronto..! ¿Quién se imaginaba viendo cubrir para siempre aquellas tumbas, al retirarnos silenciosos del sagrado recinto, pensando en los maravillosos lienzos de Rosales, en el sutil ingenio de Larra y en las geniales poesías de Espronceda, quién había de figurarse que al año de tan triste ceremonia caería su cuerpo en la sombría fosa, con aquellos restos humanos, polvo impuro, ¡lo que fuera en otros tiempos, luz, energía, sentimiento y vida!

¿Cómo pensar en tan solemnes instantes que se acercaba para la Patria una nueva desventura? ¡Ah, señores! En medio de nuestro gran dolor pidamos al cielo que estas generaciones que avanzan, llenen los huecos que dejaron tantos y tantos nombres ilustres arrebatados en tan breve tiempo por la muerte; pidamos porque salgan de sus filas inteligencias superiores, caracteres resueltos, voluntades fir-

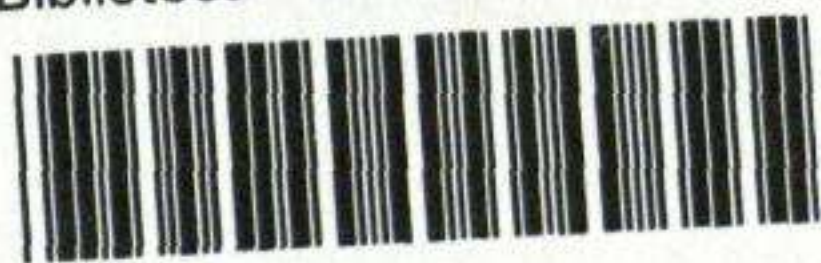
mes, cuyos vigorosos esfuerzos reconstituyan la Nación, atoyada en el cielo, dirigida por espíritus vacilantes; pidamos que las semillas que el gran poeta, que hoy lloramos, arrojó en sus admirables estrofas para que la recogieran los hijos de este siglo, fructifiquen en el corazón de esa juventud, cuyos alientos constituyen la más legítima esperanza de la Patria; pidamos que en todos los pueblos se despierten como aquí estos anhelos de cultura y se organicen estos certámenes de la inteligencia, que ellos, digan otros lo que quieran, son los que modifican las costumbres, educan el sentimiento de lo bello, y forman el alma de las sociedades modernas iniciadas en el progreso de los tiempos; pidamos que vosotros, los que con vuestros talentos, con vuestra sabiduría, con vuestra palabra brillante, sosteneis el glorioso renombre de esta casa, no desmayéis jamás, que por vuestro saber y por vuestras aptitudes estais obligadísimos, si quereis cumplir alta misión en la tierra, á transmitir á esos obreros que nos oyen los frutos

de vuestros estudios para que las doctrinas impuras no envenenen su corazón, para que las malas pasiones no destrocen al nacer los nobles sentimientos de su alma y para contribuir á levantar la Patria que se derrumba, que agoniza y que necesita del esfuerzo de todos sus hijos si ha de volver por sus perdidas grandezas y no hemos de dejarla morir, entre el fango que mina sus entrañas! ¡No, y mil veces no, señores! ¡Cumplamos todos nuestros deberes santos! ¡Lo exige la Nación! ¡Dios nos lo manda!

He dicho.

COMISION DE INVESTIGACIONES
HISTORICAS Y ESTATISTICAS

Biblioteca Pública de Cáceres



1056867

2/17569

2/1